



# Dibujo para bordar un almohadón

Madera de Emilia PRIETO

Mientras haya millones de niños hambrientos, madres explotadas, mujeres prostituidas y guerras en que mueren millones de soldados por salvar los intereses de las clases capitalistas, no podemos creer en estas hermosas y santas palabras. Son valores estancados. Nada nos dicen, nada están haciendo por la dignificación del hombre ni por el avance de la cultura. Hacer palpable su fracaso, desenmascarar la hipocresía que las hace estériles donde quiera que la hallemos—es lo urgente.

## “Dios así lo quiere...”

Cuento por el Estudiante Manuel GARCIA V.

La clase está revuelta. Los chiquillos brincan de un pupitre al otro, dejando los unos raspones en las tablas con la dura suela del zapato; los otros, el polvo del pie descalzo. Uno hace bodeques de papel y los tira con certeza a la cabeza de los compañeros de cabeza rapada. Otros gritan desahogadamente, otros gruñen como el chanchito; otros ladran. Uno, chiquitín y feo camina a gatas por sobre los pupitres, y cuando está frente a alguno le hace: misaun... al mismo tiempo que su cara de rata se descompone en una espantosa mueca, tratando de imitar al felino doméstico; encorva el espinazo y de pronto pega un salto diabólico. La clase se ha transformado en el infierno mismo.

“Ya viene... ya viene...” dice uno que se asomó a la ventana. Como por encanto la clase se transforma. Todo queda en calma. Nadie chista. Por el corredor viene la maestra; «la niña Eulalia» con el Director de la escuela a su diestra. La niña Eulalia nerviosa, sonriente, y a todo lo que le dice don Eulogio responde servil: Sí, señor... sí señor.

Se abre la puerta del aula y penetran don Eulogio con su vestido que lleva hace cinco años y la niña Eulalia—que ya ha perdido la vanidad—con su humilde vestidito de zaraza flojo, con el talle más abajo de las caderas, y con las medias arrugadas.

La clase entera se pone de pie como un solo hombre. Ya la niña Eulalia, que es una excelente maestra, los había aleccionado al respecto.

La maestra se queda un poquito atrás del director y a sus discípulos hace una mueca para llamarles la atención. Los niños dicen a coro: Buenos días don Eulogio. La maestra parece encantada de la obediencia de sus alumnos y don Eulogio contesta al saludo con una

enorme sonrisa paternal.

—¿Por qué no se sienta, don Eulogio? pregunta la niña Eulalia.

—No, muchas gracias, la visita es rápida, niña Eulalia, tengo que ir a ver cómo va el adorno del salón.

Don Eulogio comienza la brillante exposición de sus ideas. Tan brillante como los puños y codos de su saco, como la parte trasera de sus estrechos pantalones. Y comenzó así la exposición: “Ya Uds. son hombrecitos... etc., etc. Les dijo como tenían que venir vestidos el día del “acto público”; les advirtió que todos tenían que presentarse calzados, porque era muy feo que el Visitador, el «señor Ministro» y «el Padre Calixto», que le había ofrecido concurrir, los fueran a ver con los pies en el suelo. Los aleccionó acerca de la manera de dar las gracias al “señor Ministro” cuando les entregara el diploma y con qué mano debían cogerlo, que no se les olvidara estrecharle la derecha, etc., etc. Y para mayor seguridad, ilustró su exposición, practicando la ceremonia con la niña Eulalia y con los discípulos más aventajados, que resultaron ser los mejor vestidos.

Después pasó a otro asunto. A las composiciones de despedida: «La mejor, de los tres sextos, la hizo Marcelino Rojas... de éste año. Vamos a ver, dónde está Marcelino?»

Marcelino se puso de pie. Era descalzo, camisilla manchada de plátano y remendada, pantalones sucios. Por la cara de don Eulogio pasó una imperceptible ola de decepción.

—«Muy bien, Marcelino, lo felicito; muy bien, Marcelino; muy bien. Se cruzó una mirada entre la maestra y el director, y éste continuó:

—«La composición tiene que decir la uno que tenga buena memoria y no se tra-

be al hablar. Marcelino no puede decirlo porque es muy trabado. En vez de él la va a decir Jorge Enrique Fernández. A ver, dónde está Jorgito?»

El salón está repleto. Los padres de familia están todos sentados, los que no son padres de familia están de pie. En primera fila los “papases” de Jorgito Fernández: don Pedro María, barrigudo y colorado, con muchas fincas, Presidente Honorario de varias instituciones de caridad y hombre de pro en la localidad; su esposa, doña Enriqueta, satisfecha, redonda, y con un sombrero chiquito adornado con flamante pluma.

Los «papases» de Marcelino, por allá de pie en un rincón, con los vestidos lanados, pero remendados y manchados.

Quinto número del programa: Despedida, por Jorge Enrique Fernández.

Jorgito dice de corrido, sin puntos ni comas, la composición. Una inmensa ovación conmueve la sala al terminar. Don Pedro María se relame de contento y a doña Enriqueta se le enciende el rostro.

Don Pedro María llama a su hijo, le da un abrazo y delante de todos saca un billete y se lo entrega. Nuevos aplausos. El «señor Ministro», «el Padre Calixto» y todos los señores de preponderancia felicitan y abrazan a Jorgito.

Marcelino tiene los ojos llorosos y los pies adoloridos por unos grandes zapatos que no puede manejar.

El padre de Marcelino, que se llama como su hijo, pregunta a su mujer: “Por qué diablos sólo los chacalines de los ricos saldrán inteligentes?”

—“Dios así lo quiere, Marce, qué vamos a hacer.”

## Al márgen del A. B. C. del Comunismo

# MONOPOLIO

(Resúmen del capítulo sobre este punto del libro de escritor inglés John Strachey “THE COMING STRUGLE FOR POWER”)

Vamos ahora a considerar hasta qué punto las combinaciones de todas clases, de hecho, han abolido el mercado libre.

Vamos a referirnos primero al crecimiento de las combinaciones en la tierra de la más pura y menos calificada forma del capitalismo: Estados Unidos.

Una de las manifestaciones más significativas del desarrollo de las combinaciones, es el esfuerzo del resto de la comunidad—temeroso de ser explotado—para restringir este desarrollo. En particular los antiguos productores independientes del mercado, sobre todo los agricultores, son agricultores, son los más decididos en luchar contra el avance de los monopolizadores industriales. De ahí que América es no sólo el nido del trust sino también la tierra en donde más bulla se hace alrededor del trust. Hacia el final del siglo pasado los trust americanos eran ya lo bastante amenazadores para los productores independientes que todavía dominaban políticamente, para que trataran de impedir su crecimiento de una vez por todas. Lograron pasar la Ley Comercial entre los Estados, de 1887 y la Ley Sherman contra los trusts, de 1890. Sin duda que por medio del buen éxito de las camarillas o lobbies que se hacían en torno de los trusts, dichas leyes cayeron en desuso en poco tiempo. Luego, al principiar el siglo reviviéron repentinamente y el Presidente Roosevelt (Teodoro) intentó fortalecerlas. Cierta es que fué una pieza de demagogia presidencial, pero Roosevelt, que era un cumplido demagogo, no habría escogido una política de esa naturaleza si no hubiese quedado en América fuertes

corrientes que temían y odiaban los trusts. Y en efecto, por lo menos nominalmente, logró salir victorioso, en confundir algunas de las más poderosas de estas organizaciones, inclusive la vasta Standard Oil Co. Este triunfo marcó el nivel más alto de la marea de los empuños de fuerzas contra los trusts. Bien es cierto que hubo antes y después movimientos similares por parte de productores independientes del oeste del Mississippi. Es interesante observar que estos movimientos alcanzaron su punto más alto de actividad cuando se llegaba al fondo de una depresión cíclica en los negocios, que se dispersaban casi completamente al contacto de las tibiais corrientes de prosperidad cuando se alcanzaba a la cima del auge.

La Ley Sherman y las subsiguientes provisiones contra los trusts, son hoy día el tema de acalorados debates en los círculos de negocios de los Estados Unidos. Los trusts impulsan su abolición. Por primera vez, el monopolio es el objetivo abiertamente confesado de la escuela de los líderes del capitalismo americano. Y no es que ellos empleen la palabra (MONOPOLIO; N. de T.) A los argumentos de esta escuela no les falta plausibilidad. A algunos de los más modernos hombres de negocios americanos se les puede oír expresarse así: «La competencia y el mercado libre en las actuales condiciones de producción en ultra grande escala, envuelven una inestabilidad intolerable. Desencadenan aterradoras crisis económicas, tal como la de 1930. ¿No es la única manera de evitar tales crisis ponerse a planear consciente y sistemáticamente nuestro siste-

ma económico. El futuro de la República estará asegurado sólo por medio del desarrollo conscientemente planificado, de las riquezas naturales sin rival de América. Pero para llegar a tal planificación— para ajustar la producción a la demanda, para compartir las materias primas, para ensamblar la industria y la agricultura, para establecer las debidas proporciones entre la producción de los artículos que produce el capital y los que se consumen, hay que permitir que nos combinemos y unamos en un grado mayor que el alcanzado hasta hoy. Por ejemplo, hay que suprimir la Ley Sherman, la prohibición de las ramas de los bancos, etc. El mejor exponente de esta política es Mister Owen D. Young de la General Electric Corporation. Hay que observar que palabras feas como MONOPOLIO no se pronuncian jamás. Pero la realización de monopolios es el objetivo de todo el programa. Mr. Young y sus colegas tienen razón cuando dicen que la planificación económica es del todo imposible mientras exista la competencia capitalista. ¿Pero se ha preguntado Mr. Young alguna vez a sí mismo si le quedaría algo al capitalismo si se eliminara la competencia?

(En el número que viene trataremos de las manifestaciones del MONOPOLIO en Costa Rica y en la América Central.)

Imprenta CARTIN

Compre y Lea **TRABAJO**